iba á devolver el papel á Felipe, cuando la doncella entró á anunciarle que el señor Helouin esperaba en la antesala.

— ¡Ah! ¿está ahí, el señor Helouin? — exclamó Aurora. — No podía llegar más á propósito; él que sabe descifrar enigmas, podrá tal vez servirnos en esta circunstancia. Que entre en sèguida.

V

EL PROCEDIMIENTO DE HELOUIN

Un instante después, entraba el policía.

Venía á ponerse á las órdenes de la condesa por lo que pudiera ocurrir, en caso que ella necesitase sus servicios.

— Llega usted con gran oportunidad, querido señor hechicero — le dijo, muy afable, Aurora. — Estamos ocupados en resolver un arduo problema, para cuya solución vamos á apelar á su concurso.

— ¿De qué se trata, pues, señora?

— De saber por qué sortilegio podría llegar á saberse lo que ha contenido este papel.

Usted, que es mago, ¿podrá sacarnos de dudas?

— No lo sé, condesa — repuso Helouin; — no puedo contestarle categóricamente hasta después de haber examinado la cosa.

— ¡Oh! examínela todo lo que quiera — dijo la con-

desa de Lagardère dándole la hoja; — no le pedimos respuesta inmediata. Y hasta si cree usted tener que llevarse este papel á su casa, se lo dejamos con plena confianza.

— No hace falta, señora — replicó el policía empezando á dar vueltas por todas partes al papel. — Permítame sólo un momento de atención, y en seguida le diré si puedo ó no puedo servirle de algo.

Acababa de sacar del bolsillo una lente y miraba el papel al trasluz.

Permaneció unos cinco minutos examinándolo de ese modo, sin decir una palabra y sin que su rostro descubriese el menor de sus pensamientos.

Todos esperaban con cierta ansiedad que se decidiese á hablar.

Por fin, después de fijarse más detenidamente que en los otros sitios en la parte baja de la página, dijo, con voz segura :

— He aquí lo que resulta de mi examen, señora :

Este papel ha estado escrito con letra muy fina y apretada cuyos restos distingo gracias á este cristal de aumento, aunque la tinta ha desaparecido por completo.

De la firma que hay aquí, á una pulgada del borde inferior, distingo algunas letras enteras, tales como una M y una C mayúsculas; luego, de modo menos aparente, veo una letra que ha debido de ser una *h*. podría también ser una *k;* pero no lo creo.

Poco más lejos, vienen dos trazos muy juntos, que parecen haber formado una *n;* luego, otro trazo lleno y

un rasgo largo, que termina en una interrupción súbita en donde la pluma se ha ensanchado, como en el rasgo final de una rúbrica; y, en fin, tocando casi con aquel rasgo y poco más ó menos en el centro, tres puntos dispuestos en triángulo.

Mire usted — añadió Helouin, — voy á dibujarle exactamente lo que veo, con las distancias que existen de letra á letra.

Y abriendo una cartera, reprodujo en una tablilla de marfil, que le servía para tomar notas, lo que distinguía de la firma.

Esto decía : *M... Ch... ny.*

— ¡Cuando yo decía! — exclamó el marqués, así que hubo lanzado una ojeada á las letras, — es sencillamente mi firma : « Marqués de Chaverny » y los tres puntos son los que añado siempre á la cola de la *y*.

Y si no, véanlo ustedes — añadió, escribiendo su nombre y su título debajo de las letras, de la misma manera que solía hacerlo al firmar.

— Es exactamente lo mismo, — afirmó cada cual á su vez.

— ¿Cómo diablos está ahí mi firma? — dijo sumamente sorprendido, el marqués.

— Probablemente, vamos á saberlo ahora, — contestó Helouin.

— ¿Podrá usted hacer reaparecer lo escrito? — preguntó Aurora.

— No, condesa; eso es imposible.

— ¡Cómo! ¿Entonces, será usted capaz de leer esos caracteres borrados?

— Tampoco.

— Pues en ese caso, ¿cómo lo va á conseguir?... No comprendo.

— Sin embargo, la cosa es muy sencilla.

— ¡Oh! muy sencilla...

— Va usted á verlo por sí misma. ¿Quiere usted mandar que me traigan una vasija con agua, una esponja y un pedazo cualquiera de tela que pueda doblarse en cuatro ú ocho dobleces, para formar almohadilla?

Debo advertirle que la tela quedará estropeada.

— No importa — repuso Aurora, dando en seguida órdenes para que trajesen á Helouin lo que deseaba.

Todos tenían gran curiosidad.

Pronto tuvo el policía ante sí la tela, la esponja y la vasija.

Dobló aquélla varias veces sobre sí misma, formando una especie de almohadilla, luego sumergió la hoja en agua, la dejó que se empapase bien y después la extendió por la tela, donde, con la esponja la frotó ligeramente, para quitarle las numerosas arrugas que procedían del roce que le había hecho sufrir Felipe, arrugándola con las manos antes de arrojarla al mar.

Mientras el papel recobraba su primitivo color, esto es, mientras todas sus partes se volvían planas y unidas, Helouin sacó de su jubón un estuche de cuero, análago á un estuche de anteojos de grandes dimensiones y cogió, de entre otros, un frasquito cuidadosamente tapado, lleno de un líquido blancuzco.

— He aquí mis útiles — dijo enseñando el estuche; — el médico tiene su escalpèlo, yo tengo mis ácidos...

Ese género de provisiones no tenía nada de particular en un policía.

Era la época de cartas y billetes misteriosos escritos con toda clase de sustancias incoloras y para cada cual hacía falta un reactivo especial.

Como Helouin tenía á menudo secretos que sorprender, siempre llevaba consigo sus frascos.

Destapó el que había tomado y vertió el contenido por la hoja, que se impregnó en seguida, en tanto que por la habitación se esparcía un olor acre y fuerte.

Luego, esperó.

Al cabo de unos cinco minutos examinó atentamente el papel, y, de pronto, dijo :

— Ya está hecho, señora; la operación no ha podido salir mejor, y vamos á poder leer lo que ha habido en este papel tan fácilmente como leeríamos en un libro abierto.

Todos se inclinaron con curiosidad contra la hoja; pero nadie notó que se hubiera producido en ella el menor cambio.

— Ya ven ustedes qué fácil era — añadió satisfecho Helouin.

— ¿Qué es lo que era fácil? — preguntó Flor, tratando en vano de buscar algunas huellas de letras; — no veo nada, absolutamente nada.

— Ni yo tampoco — dijeron respectivamente Aurora y Chaverny.

— En efecto, no pueden ustedes ver nada todavía;

pero aguarden un poco, que aun no he terminado del todo.

Y al decir esto, el policía cogió con una mano el papel por arriba, y con la otra aplicóle en los bordes algunos golpecitos.

Inmediatamente, destacáronse miles de partículas que caían como nieve en torno suyo.

Entonces apareció la hoja horadada como una criba.

— ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho usted? — exclamó Aurora, que, al ver aquello, creyó perdido el papel y que sería ya imposible poder averiguar su contenido.

— Voy á explicárselo, señora condesa — repuso tranquilamente Helouin. — Como usted sabe, esta hoja fué mojada por el agua del mar, agua que no es otra cosa que lo que se llama en química cloruro de sodio. Ahora bien, las partes escritas, han retenido más particularmente este ácido que se ha fijado en la tinta con ayuda de la sal que contiene en gran cantidad.

Habiendo notado esto, no he hecho sino continuar la acción del agua de mar; es decir, que, con la sustancia que contenía este frasco, y que era simplemente cloruro ordinario, he acabado de roer las partículas que habían sufrido ya un principio de corrosión, dejando al mismo tiempo intacto el resto del papel, gracias al agua de que yo lo he embebido.

Como les decía, nada hay más sencillo... y los caracteres se nos aparecen ahora como si hubieran sido grabados con un taladro.

Al mismo tiempo, Helouin colocó la hoja en la manga

de su jubón, que, como era de paño negro, hizo destacarse en negro lo que había estado allí escrito.

No se pudo menos de admirar la maña del policía.

Pero de todos modos, no se entretuvieron mucho en prodigarle cumplidos; pues había gran impaciencia por saber lo que iba á revelar la hoja.

Aurora quiso apoderarse de ella para leerla en el acto; pero Helouin le sujetó la mano, diciendo.

— Probablemente le costaría á usted mucho trabajo descifrar esta letra, señora.

¿Me permite que lo haga por usted?

— Con mucho gusto — respondió la condesa; — pero, pronto.

El policía apeló á su lente, acercóse á la ventana, y empezó la lectura.

Á las primeras frases, Aurora experimentó intensa emoción, y exclamó, interrumpiendo al lector:

— ¡Si es la carta que recibió mi marido el día en que fué asesinado!

— Y que aparecía como si yo la hubiera enviado desde Lagny — agregó Chaverny — ¡Y pensar que nunca hemos podido saber quién la escribió!

— ¿Cómo puede ser eso? — observó la condesa — ¡Si esa carta la encontré yo en las ropas de mi pobre Enrique y la retiré antes de su entierro!... Está ahí, en mi despacho.

Y fué á abrir el cajón de un mueble, del cual sacó una hoja de papel muy amarillenta y manchada de sangre, que entregó á Helouin.

Éste la comparó con la que él tenía.

— La misma mano ha trazado las dos misivas — dijo; — pero creo poder explicar la cosa.

Esto no es más que un borrador.

El falsificador debió de ejercitarse mucho tiempo para conseguir la perfecta imitación de la letra del señor Chaverny, y esta hoja es sin duda su último ejercicio.

— Sí, así debe de ser — apoyó el marqués; — y el bribón ha sido muy ducho, porque, lo confieso, yo escribo como un gato.

— Lo que hace que no habrá querido exponerse á dirigir la carta al conde, sino después de una prueba decisiva.

— Hasta mi firma, que está admirablemente reproducida — objetó Chaverny — Pero, una vez más, digo ¿quién podrá haber sido?

— ¡Ah! ¡he aquí lo que podrá quizás iluminarnos! — exclamó Helouin. — Debajo del apellido de usted hay tres líneas... tres líneas con otra letra.

Y leyó :

« *Memento :* Al enviar esta carta al conde de Lagardère por Knauss, no olvidar recomendar á éste que diga ser criado del marqués ».

— ¡Knauss! — exclamó Felipe — Entonces, habrá sido también ese viejo cuyo nombre me decía usted esta mañana, madre, ese Giam-Batista...

— ¡Peyrolles!... ¡Ah! todo lo comprendo... — exclamó la condesa. — Sí, ese monstruo es quien ha escrito la carta... y esa es la prueba indiscutible de su crimen... ya no podemos dudar ahora.

— Claro que no — dijo Chaverny, que acababa de enterarse del memento, y temblaba de cólera al pensar que habían abusado de su nombre para matar á su amigo. — No; yo conozco admirablemente la letra del miserable; la he visto muy á menudo en casa de mi primo Gonzaga.

— Todavía hay algo en este papel — continuó Helouin, que miraba la hoja al trasluz. — Aquí arriba, á la derecha, veo un membrete pequeño que dice :

Intendencia del príncipe de Gonzaga.

— Eso acaba de denunciar al miserable — conjeturó Chaverny — Así estaba sellado el papel de que disponía como factótum é intendente del príncipe.

— Hijo mío — dijo entonces solemnemente la condesa, — como te he prometido, mañana mismo te pondré frente al asesino de tu padre...

— Cumpliré mi deber, madre!. . — interrumpió el joven, con fuerza.

Aurora dirigió los ojos al cielo, murmurando :

— ¡Por fin, Enrique, dentro de veinticuatro horas, serás vengado por mano de nuestro hijo!...